

EL MAGDALENIENSE III DE LA COSTA CANTÁBRICA

por

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY

La publicación de los materiales de las cuevas santanderinas de la Pasiega¹ y el Juyo², dos importantes yacimientos del Magdaleniense III, nos ha obligado a profundizar un tanto en el estudio de este período paleolítico. En primer lugar debemos decir que nos hemos visto obligados a manejar y clasificar varios miles de piezas de piedra y hueso. Después hemos tenido que revisar los materiales de otros yacimientos de la Costa Cantábrica y establecer comparaciones entre todas estas piezas y los procedentes de otras regiones magdalenienses, especialmente El Parpalló (Valencia) y los yacimientos franceses. Todo ello nos permite hoy día tener una visión de conjunto bastante completa de los problemas que plantea el Magdaleniense III de la Costa Cantábrica así como la posibilidad de presentar algunas conclusiones a que nos ha llevado su estudio.

Por de pronto, podemos ya adelantar que el Magdaleniense III de Cantabria tiene sus características peculiares, que le distinguen claramente del Magdaleniense III de los yacimientos franceses y del enclave español del Parpalló.

Durante el período paleolítico que estudiamos se desarrolla en la Costa Cantábrica una cultura homogénea y perfectamente delimitada, que en manera alguna puede confundirse con las culturas solutrenses que la precedieron, ni con el complejo cultural Magda-

¹ J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y E. RIPOLL PERELLÓ: *Hallazgos en la Cueva de la Pasiega (Puente-Viesgo, Santander)*, Ampurias XV-XVI (1953-54), pp. 43-65.

² P. JANSSENS y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Memoria de las Excavaciones de la Cueva del Juyo (1955-56)*, con un estudio de los restos paleontológicos de la Trinchera I por P. Azpeitia. Santander 1958.

leniense V-VI que ha de sucederla. El Magdaleniense III de Cantabria aparece en una especie de discordancia con las últimas fases del Solutrense cantábrico, lo que permite suponer que la presencia de la nueva fase se debe a una inmigración aunque aún no podamos precisar si esta inmigración es únicamente de carácter cultural, o si se trata, en efecto, de la llegada de nuevas gentes, acaso hasta de caracteres raciales distintos de los solutrenses cántabros. El hecho es que las oleadas Magdalenienses que provienen de Francia a través de los pasos del Pirineo occidental determinan un período de apogeo cultural en la costa Cantábrica. El Magdaleniense, de origen francés, va desenvolviéndose en Cantabria con plena autonomía, recoge tradiciones locales, desarrolla una industria rica y típica y comienza a declinar, de suerte que si no hemos asistido a su nacimiento, por ser de origen francés, en cierto modo podemos ser testigos de su muerte o al menos de su senilidad, hasta que nuevas oleadas culturales, el complejo Magdaleniense V-VI, transforman, mejor que revitalizan, el Magdaleniense Cantábrico.

YACIMIENTOS

Es curioso notar que en el Magdaleniense III, como en los otros períodos paleolíticos, la densidad mayor de hallazgos debe localizarse hacia la zona central de la costa y no en los extremos, ya que los yacimientos abundan, sobre todo, en la provincia de Santander y en el Occidente de Asturias.

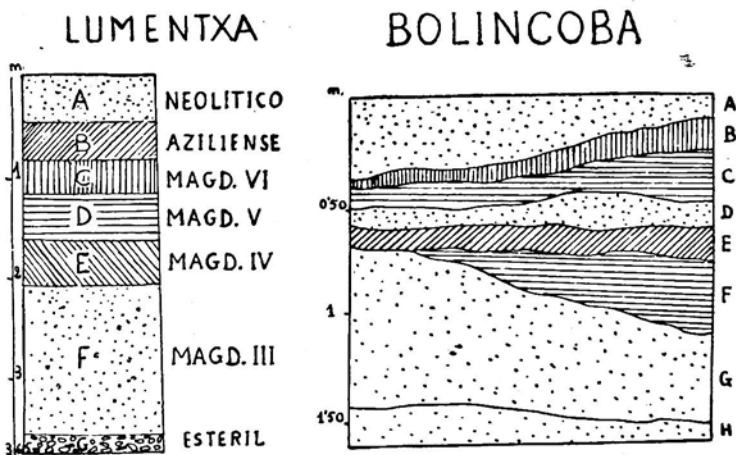
Hasta ahora sólo podemos señalar con ciertas garantías la existencia de dos yacimientos del Magdaleniense III en el país vasco-español. Se trata de las cuevas de Lumentxa y de Bolincoba, ambas en la provincia de Vizcaya, es decir, en la zona en cierto modo más próxima al centro cultural de la provincia de Santander.

El yacimiento de la cueva de Lumentxa (Lequeito) fue explorado por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán en los años 1926-1929³, y los materiales recogidos pueden verse en el Museo Arqueológico y Etnográfico de Bilbao.

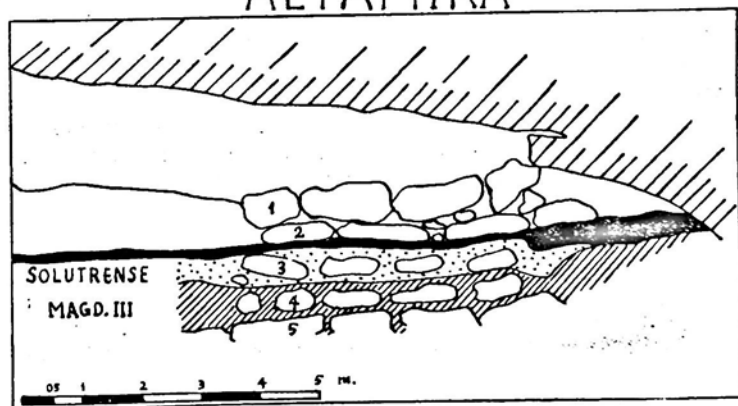
En el perfil stratigráfico, que presentan sus excavadores, se aprecian, a nuestro juicio, cuatro niveles magdalenienses, que pode-

³ T. DE ARANZADI Y J. M. DE BARANDIARÁN: *Exploraciones en la Caverna de Lumentxa (Lequeitio)*. Forma parte de la 3.ª Memoria de las Exploraciones en la Caverna de Santimamiñe (Basondo, Cortáubi). Bilbao 1935.

mos clasificar, con algunas reservas, como posibles Magdalenien-
ses III, IV, V y VI. El nivel "D" dio un arpón de tipo Magdale-



ALTAMIRA



niense V, lo que parece suficiente para identificar todo el nivel. Según esto el superior podría ser Magdalenien-
se VI, y los inferiores, Mag-

dalenienses IV y III respectivamente, lo que está de acuerdo con el carácter de la industria: El que consideramos Magdaleniense III dio una pequeña azagaya con un bisel simple, que ocupa casi media pieza, tal como muchas de las azagayas magdalenienses del Parpalló. En el estrato que nosotros hemos supuesto Magdaleniense IV, apareció una azagaya cuadrangular, clasificada por sus descubridores como de "base ahorquillada", lo que, por otra parte, sería buena prueba de nuestra datación como Magdaleniense IV. Sin embargo, y después de un examen detenido y directo de la referida pieza, creemos que no puede asegurarse, en efecto, que se trate de una azagaya típica de las llamadas de base "ahorquillada".

La cueva de Bolincoba (Abadiano) fue también explorada por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán en los años 1932-33⁴. En su estratigrafía puede apreciarse con claridad la presencia de un par de niveles magdalenienses, de los cuales el más antiguo, el "C", es, según Barandiarán, Magdaleniense Inferior, es decir, Magdaleniense III, mientras el más reciente y de menor importancia, el "B", sería para Barandiarán Magdaleniense Superior o Aziliense, en tanto que F. Jordá lo considera Magdaleniense Medio, es decir Magdaleniense IV⁵. Lo que no cabe duda, a nuestro juicio, es que el nivel "C" es un rico estrato del típico Magdaleniense III de la Costa Cantábrica.

Otros yacimientos magdalenienses de las provincias vascongadas ciertamente no son Magdaleniense III (Santimamiñe, Urtiaga, Aitzbitarte, etc.). Por otra parte, existen yacimientos, cuya pobreza sólo permite asegurarnos que se trata de un yacimiento magdaleniense, pero sin que nos sea posible determinar la fase dentro de este período, a que deba atribuirse. Acaso el nivel más antiguo de la Cueva Berroberría (E) podría considerarse como Magdaleniense III, pero su atribución no es segura⁶.

⁴ MARQUÉS DE LORIANA: *La Cueva de Bolincoba*, AE. de Arq., N.º 45, Madrid 1941, pp. 494-507.

J. M. DE BARANDIARÁN: *Bolincoba y otros yacimientos paleolíticos de la Sierra de Amboto (Vizcaya)*, CHP. año V, N.º 2, Madrid 1950, pp. 75-112

⁵ F. JORDÁ CERDÁ: *Avance al estudio de la Cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*. Oviedo 1958, p. 75.

⁶ MARQUÉS DE LORIANA: *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra), y sus inmediaciones*. Atlantis XV (1936-40), p. 91.

IDEM: *Las industrias paleolíticas de Berroberría*. AE de Arq., 51. Madrid 1943, pp. 194-206.

En la provincia de Santander tenemos los yacimientos de Altamira, El Castillo, La Pasiega, El Juyo y Hornos de la Peña.

El vestíbulo y la gran sala de la Cueva de Altamira (Santillana del Mar) fueron excavados por D. Marcelino S. de Sautuola, descubridor científico de la cueva, entre los años 1875-1889⁷. Más tarde, y después de pequeños hallazgos aislados debidos a otros autores (E. Pedraja, J. Vilanova, E. Harlè, E. Sáiz, Cartailhac), las excavaciones fueron proseguidas por H. Alcalde del Río de 1903 a 1906⁸. Después, los trabajos no se reanudaron hasta 1924-1925, realizándose entonces bajo la dirección de H. Obermaier⁹. Los materiales recogidos en las excavaciones pueden estudiarse en los Museos Prehistóricos de Santander y Altamira.

El yacimiento, un tanto complicado, presenta claramente dos niveles fértiles, una capa estalagmítica y cinco series sucesivas de bloques desprendidos de la bóveda. Según Obermaier la interpretación del conjunto sería la siguiente: Las dos capas más recientes son un par de series de bloques, los desprendimientos 1 y 2, que tuvieron lugar probablemente durante el Magdaleniense Superior y que descansan sobre una capa estalagmítica, testigo de que en esta época la cueva, aunque frecuentada (es el momento en que parece ser que se pintó la mayor parte del famoso techo de la sala), no fue habitada, debido al peligro de desplome que ofrecía la bóveda en la zona vestibular. Bajo el estrato estalagmítico hay un nivel fértil, que acertadamente ha sido clasificado como Magdaleniense Inferior, es decir nuestro Magdaleniense III. El nivel es rico y de gran potencia. Entre sus tierras pueden verse una serie de bloques calizos desprendidos de la bóveda, lo que permite suponer que los hombres de esta época fueron testigos de un desplome, el desprendimiento 3. Viene a continuación otro nivel fértil, clasificado como Solutrense Superior. En esta época tuvo a su vez lugar el desprendimiento 4. Todavía hay restos de un desplome más antiguo, el 5, que quizá descansase sobre el Auriñacense; pero el yacimiento no ha sido excavado a más profundidad, por las dificultades técnicas que entrañan los trabajos.

El enorme yacimiento de la Cueva del Castillo (Puente-Viesgo)

⁷ M. S. DE SAUTUOLA: *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*. Santander 1880.

⁸ H. ALCALDE DEL RÍO: *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander*. Santander 1906, pp. 28-39.

⁹ H. BREUIL y H. OBERMAIER: *La Cueva de Altamira*. Madrid 1935.

fue inicialmente explorado por el descubridor de la cueva H. Alcalde del Río en 1904¹⁰. Más tarde el Instituto Internacional de Paleontología Humana de París prodigó las excavaciones metódicas en una serie de campañas comprendidas entre los años 1910-1914, bajo la dirección de H. Obermaier y P. Wernert¹¹. Aún no se ha hecho la publicación definitiva de los trabajos de excavación y la mayor parte de los materiales se encuentran actualmente en los museos de Santander y en el Arqueológico Nacional de Madrid, así como en el Instituto de Paleontología Humana de París.

La estratigrafía del yacimiento, una de las más completas de Europa, nos dio en los estratos fértiles dos niveles Magdalenienses, perfectamente diferenciados, clasificados por Obermaier como Magdaleniense Superior e Inferior y que han de atribuirse al complejo Magdaleniense V-VI y al Magdaleniense III respectivamente. El aspecto de la industria conservada en el Museo de Santander parece confirmar más bien nuestra atribución al Magdaleniense III, por lo que al último se refiere, en lugar de al Magdaleniense IV, como sospecha F. Jordá que acaso pudiera atribuirse¹².

M. Almagro publica un interesante esquema de la estratigrafía del yacimiento¹³. Un corte real de una de las zonas superficiales del mismo, es decir, los niveles que a nosotros aquí ahora más nos interesan, fue publicado por Alcalde del Río en 1906¹⁴. A la vista de los resultados de las posteriores excavaciones creemos que éste debe ser interpretado de la siguiente manera: El nivel "A" son escombros modernos, el "B" es un complejo de niveles postpaleolíticos, que en otras zonas de la cueva estaban mejor diferenciados. El complejo "C", "D", "E", es un Magdaleniense superior V-VI, subdividido por una pequeña capa de sedimentación. El "F" es un nivel estéril de arcillas y el "G" es un estrato potente y rico de Magdaleniense III.

Otro yacimiento santanderino de interés es el descubierto en la

¹⁰ H. ALCALDE DEL RÍO: *Ob. cit.*, pp. 71-80.

¹¹ H. OBERMAIER et H. BREUIL: *Fouilles de la Grotte du Castillo (Espagne)*. Congr. Intern. d'Anthrop. d'Archeól. Prehist. XIV sess. T. I. Genève 1912.

H. OBERMAIER: *El hombre fósil* (2.ª edic.). Madrid 1925, pp. 175-180.

¹² F. JORDÁ CERDÁ: *Ob. cit.*, pp. 84-85.

¹³ M. ALMAGRO: *El Paleolítico español*, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal. T. I, vol. I, p. 253.

¹⁴ H. ALCALDE DEL RÍO: *Ob. cit.*, p. 72.

Cueva de la Pasiega (Puente-Viesgo) por A. García Lorenzo y que fue explorado bajo la dirección de J. Carballo en 1951. Los materiales, conservados en el Museo de Santander, fueron publicados por nosotros en colaboración con E. Ripoll¹⁵.

Con los datos que conocemos, podemos reconstruir la estratigrafía. Había una capa estalagmítica de unos tres centímetros de espesor aproximadamente. Debajo descansaban dos estratos muy débiles y no demasiado bien diferenciados de tierras negras y fértiles. Corresponden a un Solutrense Superior y a un Magdaleniense III respectivamente. A mayor profundidad y en una tierra arcillosa más rojiza aparecieron algunos útiles de aspecto musteriense.

Si la estratigrafía no es lo suficientemente clara, en cambio la tipología no deja lugar a dudas de que se trata de un solutrense muy rico, y un Magdaleniense III típico, hasta el punto de ser ésta una de las colecciones paleolíticas más bellas del Museo de Santander.

El yacimiento de la Cueva del Juyo (Igollo) fue descubierto por A. García Lorenzo en 1953. Las excavaciones se vienen realizando desde 1955 a cargo del Museo Prehistórico de Santander, habiendo sido ya publicadas las dos primeras campañas por P. Janssens y nosotros, con la colaboración de P. Azpeitia¹⁶.

El yacimiento, en curso aún de exploración, es rico, y en la zona que hemos llamado Trinchera I presenta por término medio once niveles con una potencia total de 3,60 metros, todos ellos, al parecer, Magdaleniense III, a excepción de los tres primeros, que son estériles.

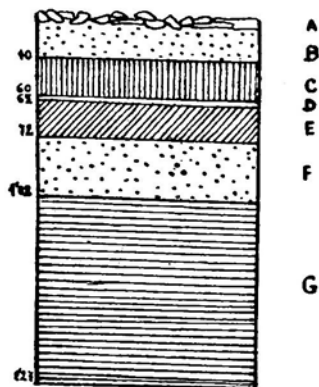
El nivel I es una capa estalagmítica. El II y el III son más bien de aspecto arcilloso y absolutamente estériles. No obstante los que pudieran considerarse como "equivalentes" en la llamada por nosotros Trinchera II eran fértiles y presentaban una industria paleolítica pobre, fechable en un Magdaleniense IV (?). El IV y VI son estratos muy potentes de tierras negras y ricas en materiales prehistóricos y restos de fauna. Ambos se hallan separados entre sí por un pequeño estrato de aspecto arcilloso-arenoso, testigo de una inundación, acaso debida al pequeño riachuelo que cruza la cueva. El nivel VII es de color más claro y más pobre en industria. El VIII vuelve a adquirir la fuerte coloración negra de los anteriores. Sigue un nuevo estrato (IX), formado en época de inundaciones; bajo él

¹⁵ J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y E. RIPOLL PERELLÓ: *Ob. cit.*

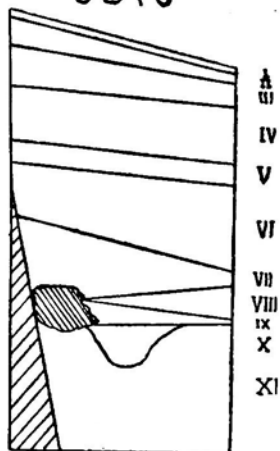
¹⁶ P. JANSSENS y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Ob. cit.*

existe otro (X) en forma de saco, que, al fin reposa sobre una capa

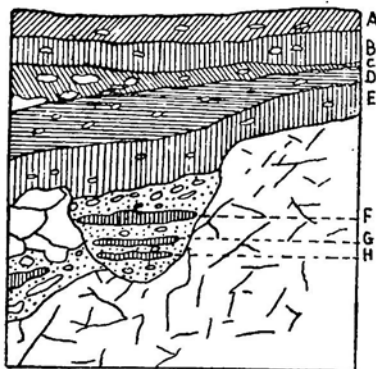
CASTILLO



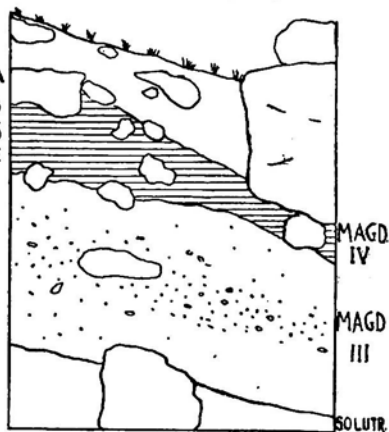
JUJO



CUETO DE LA MINA



LA LLOSETA



de mucha potencia, que contiene gran cantidad de bloques calizos.
La industria resulta más pobre desde el nivel VII para abajo,

en el sentido de ser más escasa, no de peor calidad, lo que permite suponer que la cueva fue menos habitada en estas épocas, que en las más recientes, dentro naturalmente del Magdaleniense III.

El yacimiento de la cueva de Hornos de la Peña fue descubierto y explorado por el Prof. H. Obermaier y los abates Breuil y J. Bouyssonie en 1909-1910¹⁷. Los materiales hallados se encuentran actualmente en el Museo de Santander.

Existe un primer nivel superficial con cerámica y punzones neolíticos. Después, una capa que contenía carbón en abundancia, y que debe ser considerada como del Magdaleniense antiguo de la Costa Cantábrica, es decir, del Magdaleniense III. Bajo ésta podía comprobarse la existencia de un par de niveles de aspecto más arcilloso, estratigráficamente no bien diferenciados, y que tipológicamente han de identificarse como un Solutrense Medio y un Auriñacense. Viene a continuación un último estrato de naturaleza arenosa y que ha de considerarse como un Musteriense, el cual reposa ya sobre la roca madre del suelo de la cueva.

Además de los indicados, existen otros muchos yacimientos magdalenienses en Santander, que bien por su atipismo y pobreza, bien por el desconocimiento que tenemos de los materiales hallados, no pueden incluirse con certeza en una determinada fase del Magdaleniense.

Los yacimientos de la región asturiana, que han de atribuirse al Magdaleniense III, son el del Cueto de la Mina, la Lloseta, La Cueva, la Cueva del Río y la Paloma.

El Cueto de la Mina (Posada de Llanes) fue descubierto y explorado por el Conde de la Vega del Sella en 1914¹⁸. Los materiales se hallan depositados en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. El yacimiento es uno de los más completos e importantes de España. Su estratigrafía es como sigue: Un primer nivel, "A", con mucha abundancia de marisco y con industria asturiense y aziliense. Bajo él un segundo nivel, "B", más negro, que fue identificado como Magdaleniense Superior. Viene a continuación una capa roja que contenía útiles y fauna, que han sido con acierto clasificados como per-

¹⁷ H. ALCALDE DEL RÍO, H. BREUIL y L. SIERRA: *Les cavernes de la Région Cantabrique*. Mónaco 1912, pp. 87-90.

¹⁸ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA: *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Madrid 1916.

tenecientes al Magdaleniense Medio (IV). El nivel "D", de color negro, nos ofrece un Magdaleniense Inferior típico (III). Bajo él apareció otro nivel negro, el "E", clasificado como Solutrense Superior; y después de él, y entre capas de arcillas, otros tres niveles "F", "G", "H", considerados como Solutrense Medio, y dos Aurifiñacienses respectivamente.

El yacimiento de la Cueva de la Lloseta o La Moría (Ardines, Ribadesella) fue descubierto por J. M. Fernández Buelta y comenzado a explorar por F. Jordá en 1955-1956¹⁹. Los materiales se encuentran en el Museo Arqueológico de Oviedo.

La estratigrafía está formada por los siguientes niveles: Una capa vegetal de aspecto pardo-negruzco, con hallazgos arqueológicos aislados y revueltos. Viene a continuación un nivel arcilloso de coloración pardo amarillenta, que acaso pueda interpretarse como un Magdaleniense Medio (IV). Después aparece un nivel de tierras negras, de gran espesor, y que ha sido identificado como Magdaleniense III. Bajo él, se presenta un último nivel pardo-rojizo con escasa industria, que acaso deba atribuirse al Solutrense.

La Cueva de la Cueva (Ribadesella) fue excavada por H. Hernández Pacheco y P. Wernert en 1915, y por el Conde de la Vega del Sella y Obermaier en 1916. No proporcionó más que un solo nivel Magdaleniense III²⁰, igual que la Cueva del Río (Ardines, Ribadesella), excavada por E. Hernández Pacheco y P. Wernert en 1915, si bien en esta última parece que se hallaron también indicios de Aziliense²¹.

El yacimiento de la Cueva de la Paloma fue descubierto por J. Carballo en 1912, habiendo sido posteriormente explorado en los años 1914 y 1915 por E. Hernández Pacheco, Conde de la Vega del Sella, J. Cabré y P. Wernert²².

La estratigrafía es la siguiente: Primero un nivel Aziliense, que reposa sobre un Magdaleniense Superior. Más abajo viene otro nivel, considerado por Hernández Pacheco como Magdaleniense Medio. Y finalmente un Magdaleniense III. Parece ser que separando estos niveles había otros rojizos de naturaleza calizo-arcillosa, prácticamente estériles desde el punto de vista arqueológico.

¹⁹ F. JORDÁ: *Ob. cit.*

²⁰ H. OBERMAIER: *El hombre fósil* (2.^a edic.). Madrid 1925, p. 189.

²¹ H. OBERMAIER: *Ibidem.*

²² E. HERNÁNDEZ PACHECO: *La vida de nuestros antecesores paleolíticos, según los resultados de las excavaciones en la Caverna de la Paloma (Asturias)*. Madrid 1923.

Convendrá finalmente consignar que aquí también, en Asturias, lo mismo que en las anteriores provincias, existen otros yacimientos magdalenenses, cuya clasificación precisa es imposible, debido a la pobreza de datos que nos presentan o a las noticias imprecisas que tenemos acerca de ellos.

CLASIFICACIÓN DE LA INDUSTRIA

Al llegar aquí es necesario insistir en que el problema de clasificación de las industrias magdalenenses, no es un problema de determinar cuáles son los tipos que llamaríamos "fósiles guías", que caracterizan cada fase, sino más bien se trata de un problema estadístico, es decir, de saber en qué proporción aparece cada una de las formas tipológicas magdalenenses en cada una de las fases de este período paleolítico. En efecto, si exceptuamos algunas contadas piezas típicas de la industria ósea, que son exclusivas de cada fase —y cada vez se demuestra que éstas son menos en número—, apenas existen objetos que sirvan por sí solos para determinar en qué fase magdalenense nos encontramos. Los raspadores y buriles de todas clases, las azagayas de sección circular, etc., son tipos que se repiten abundantemente en todo el magdalenense sin apenas variantes; más aún, casi podría decirse que en todo el Paleolítico Superior. Por otra parte, los yacimientos con frecuencia nos dan piezas de esta índole y rara vez aparecen los contados "fósiles guías". Si queremos, pues, determinar cuál es la industria de una determinada fase del Magdalenense, como en nuestro caso ocurre con el Magdalenense III, no podemos limitarnos a enumerar los tipos, que suelen repetirse en los niveles atribuidos a tal fase, porque con eso no habremos hecho nada o casi nada. Es preciso que insistamos en la proporción con que tales piezas aparecen en relación unas con otras, ya que, a nuestro juicio, esta proporción es lo que realmente caracteriza cada una de las fases de la cultura Magdalenense.

Naturalmente, hemos de reconocer que una estadística bien hecha de los diversos tipos industriales del Magdalenense Cantábrico es imposible, puesto que en la mayoría de las publicaciones de los yacimientos cantábricos no se registran datos de esta índole, ello debido, sin duda, a que se trata de excavaciones realizadas años atrás cuando aún no se daba la importancia suficiente a esta clase de datos estadísticos. Sin embargo, y a pesar de lamentar no poder servirnos

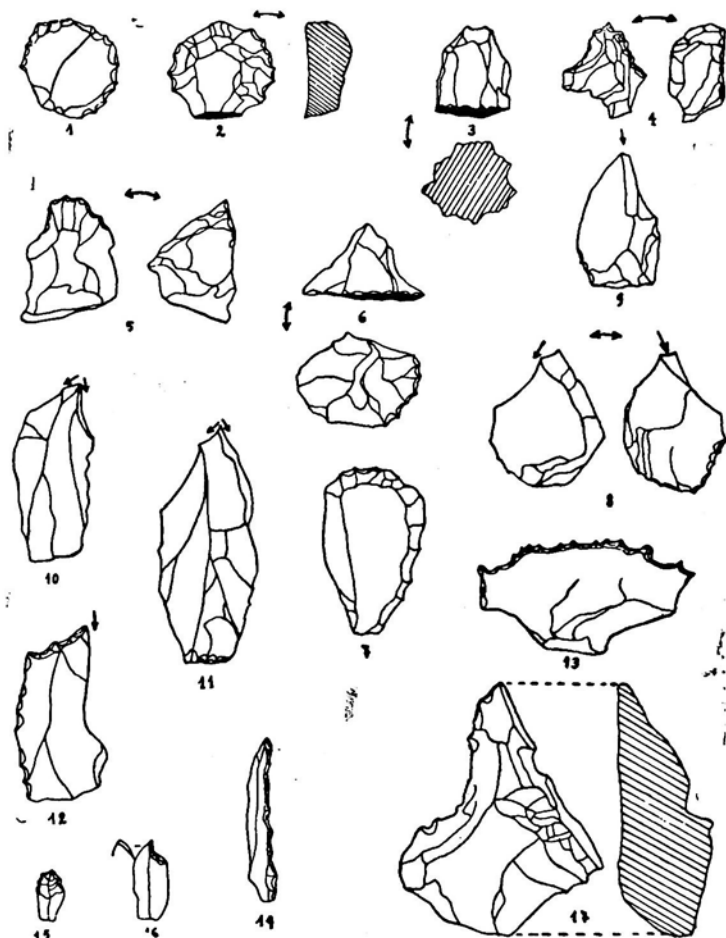
de cifras, creemos estar en condiciones de poseer una visión en líneas generales del problema. Así pues, habremos de limitarnos a hablar de mayor o menor proporción, y sólo en algunos casos concretos citaremos los datos estadísticos exactos del único yacimiento cantábrico hasta ahora publicado con este criterio, la cueva del Juyo.

Industria lítica.

Uno de los instrumentos más usados en el Paleolítico Superior es el "raspador". Podemos distinguir entre raspadores planos (sobre hojas o sobre lascas) y raspadores altos (nucleiformes, aquillados, cónicos...). En el Magdaleniense III aparecen todas las clases de raspadores; pero lo que verdaderamente caracteriza, a nuestro juicio, tal período es la presencia abrumadora de raspadores altos, especialmente nucleiformes. Si hemos de hablar con propiedad, no es propiamente el raspador nucleiforme como tal, sino, diríamos, la tendencia hacia la forma nuclear en todas las clases de raspadores, lo que en realidad caracteriza al Magdaleniense III de la Costa Cantábrica. Así pues resulta que los tipos más abundantes constituyen una serie cuyas formas, a veces no suficientemente definidas, van pasando gradualmente del raspador plano sobre lasca ancha y de aspecto más o menos circular (fig. 1), al raspador sobre lasca ya muy alta (fig. 2), que se ha llamado raspador abultado, para de aquí continuar en un raspador nucleiforme, no muy alto y de tamaño reducido (fig. 3) y a veces con un morro pronunciado (fig. 4), dando al fin origen en ocasiones a un raspador aquillado más o menos típico (fig. 5), mientras que en otras aparece el raspador cónico típico (fig. 6). Las piezas son todas en general, de pequeño tamaño.

Repetimos que no faltan los típicos raspadores magdalenienses sobre hoja larga, si bien son escasos y tienen tendencia a reducir la longitud hoja (fig. 7). Asimismo insistimos en que las formas indicadas como típicas del Magdaleniense III cántabro no son exclusivas de éste, ni mucho menos. Pero creemos que la elevada proporción en que aparecen puede constituir una característica propia de este período. Así, por ejemplo, en el Magdaleniense Superior son mucho más frecuentes los bellos raspadores en extremo de hoja esbelta, que la gama de pequeños raspadores, más o menos abultados, que hemos indicado como frecuentes en el Magdaleniense III. En el nivel IV de la Cueva del Juyo aparecieron 29 ejemplares de raspadores nucleiformes además de sus correspondientes derivaciones: 5 aquillados

y otros 5 cónicos; 16 ejemplares de raspadores sobre lasca; 6 sobre lascas muy altas y sólo 4 raspadores sobre hoja, uno de los cuales



está obtenido más bien sobre lasca foliácea. Creemos, que la estadística es muy instructiva.

El segundo instrumento paleolítico, cuyo estudio puede sernos

útil para identificar mejor la industria del Magdaleniense III de la Costa Cantábrica, ha de ser el buril. El tipo más abundante, con notable diferencia sobre todos los demás, es el buril central de doble pendiente, más bien sobre lasca que sobre hoja (fig. 8). Es el tipo llamado "pico de flauta". Pero junto a él pueden darse con alguna frecuencia otros tipos de buriles: centrales de una sola pendiente (fig. 9), centrales con una o dos pendientes, pero con tendencia asimétrica, caso frecuente en la cultura que estudiamos (fig. 10), y ya en menos proporción centrales de todas clases sobre hoja (fig. 11), laterales con retoque transversal, generalmente oblicuo y con alguna tendencia a la concavidad (es el caso de La Pasiega y Altamira, figura 12), buriles poliédricos, etc.

Otro de los tipos industriales más frecuentes en el Magdaleniense III de Cantabria es la lasca-sierra de diversas formas (fig. 13). Existen, además, abundantes hojitas de borde retocado (abajado y rebajado) (fig. 14). Faltaban en cambio los triángulos escalenos, que son frecuentes en Francia. A veces, aparecen microrraspadores (figura 15) y hasta microburiles (fig. 16). Tampoco son desconocidos los perforadores de diversos tipos, ni algunas raederillas (reclettes).

Conviene notar que el carácter de la industria lítica puede estar a veces condicionado por la materia prima empleada. En el Magdaleniense de la Costa Cantábrica se emplean preferentemente el sílex y la cuarcita, y en menor escala, el ópalo, el cuarzo, la ofita y otras rocas. Es curioso notar que en los yacimientos paleolíticos de Santander es notablemente más abundante el sílex que la cuarcita. Así, por ejemplo, en el Juyo el número total de piezas de cuarcita recogidas ascendía a 73, mientras que las piezas de sílex llegaban a 9.535. Sin embargo en los yacimientos asturianos es mucho más abundante la cuarcita. En la Cueva de la Lloseta las dos terceras partes del material era cuarcita y sólo un tercio aproximadamente sílex ²³.

Es curioso notar que en el Solutrense de Santander abunda bastante la cuarcita, hasta el punto de que la mitad de las puntas solutrenses de base cóncava halladas en la Pasiega son de cuarcita.

Como sabemos que la cuarcita es un material de origen local, ya que semejante roca abunda en estado natural en estas regiones, a diferencia del sílex que es escaso y malo, podemos suponer que era empleada profusamente por las gentes tradicionalmente establecidas e identificadas con el país. Hoy día conocemos el carácter

²³ F. JORDÁ: *Ob. cit.*, p. 38.

eminentemente local del Solutrense de la Costa Cantábrica, especialmente en las últimas fases de esta cultura²⁴. No es de extrañar que esta gente, muy arraigada al país, se sirviera de la materia prima tradicional que venía utilizándose en Cantabria en franca competencia con el sílex ya desde el mismo Paleolítico Inferior. En cambio los magdalenienses son gentes nuevas, que vienen con su cultura ya formada de Francia (en Cantabria como se sabe faltan los Magdalenienses I y II, que tienen su desarrollo en Francia). Parece pues explicable que los magdalenienses no supieran fácilmente deshacerse de su tradición francesa por lo que respecta a la talla del sílex Y esto ocurre, acentuado, en la zona de máximo desarrollo de la cultura Magdaleniense cantábrica, es decir, en la región de Santander, aún relativamente cercana a la patria original de los magdalenienses. En cambio en Asturias, a donde las oleadas magdalenienses llegan ya con menos pureza y con fuerza más reducida, los elementos tradicionales pudieron imponer en cierto modo sus criterios en la técnica industrial, siguiendo utilizando la cuarcita como materia prima. No encontramos otra explicación, ya que la diferencia de materia prima en las industrias no parece responder a la diversidad petrográfica de dos regiones, en cada una de las cuales se emplearía la roca geológicamente más abundante. Las "canteras" de sílex no son de suyo abundantes ni en Asturias ni en Santander.

El uso de la cuarcita no sólo influye en una mayor tosquedad de los tipos industriales magdalenienses, sino en la pervivencia de tipos tradicionales, que vienen repitiéndose desde el Musteriense por lo menos y que vemos a lo largo de todo el Paleolítico Superior en todos los yacimientos de la Costa Cantábrica. En el Juyo casi todas las piezas de cuarcita eran de tradición "musteroide" y además, junto a las cuarcitas, debemos enumerar otros objetos de ofita, ya que éste es otro material local que en Santander se viene utilizando desde el Paleolítico Inferior para esta clase de útiles tradicionales en general de gran tamaño y totalmente desvinculados tipológicamente de las corrientes industriales del Paleolítico Superior europeo (figura 17). Opinamos, pues, que el empleo de otras rocas distintas y más bastas que el sílex, obedece especialmente a tradiciones locales, que se muestran con más intensidad en las zonas más apartadas de la cuna original del movimiento magdaleniense, es decir, por lo que

²⁴ F. JORDÁ: *El Solutrense en España y sus problemas*. Oviedo 1955, p. 213 y ss.

se refiere a la zona cantábrica, en la región asturiana, de carácter más localista y tradicional que Santander. Esta misma idea puede comprobarse observando cómo los magdalenenses de Santander emplean más el cristal de roca que los de Asturias, lo que, a nuestro juicio, supone también un mayor refinamiento por parte de los sanderinos.

Otra circunstancia, digna de notarse a nuestro juicio y que en cierto modo resume cuanto veníamos exponiendo sobre la industria lítica, es la tendencia de las gentes del Magdaleniense III de Cantabria a preferir la lasca o el pequeño núcleo como punto de partida para la confección de sus instrumentos, en lugar de la hoja. Y no nos referimos aquí a esas lascas de aspecto arcaizante, generalmente obtenidas sobre cuarcita u ofita, a las que antes hemos aludido y que no faltan en ninguno de los períodos del Paleolítico Superior de la Costa Cantábrica. Hablamos de la lasca en general, de la misma lasca de sílex, pequeña, fina y a veces de confección cuidada, pero que difiere por su forma irregular de la típica hoja del Paleolítico Superior. Los dos niveles más ricos de la Cueva del Juyo, el IV y el VI, dieron sólo el 73 por 100 de hojas y hojitas con relación al resto de la industria: nuclear y de lascas.

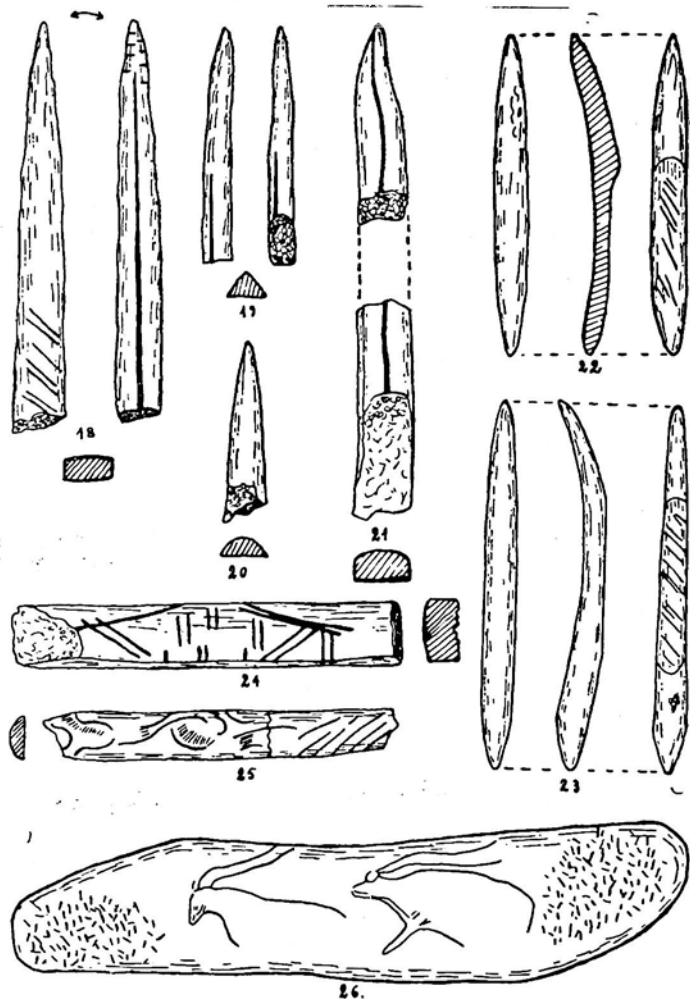
Industria ósea.

Como se sabe el estudio de esta industria es fundamental para la diferenciación de las diversas fases Magdalenenses y en él se funda la clasificación de H. Breuil universalmente aceptada²⁵.

La pieza más típica es la azagaya de sección cuadrangular muy perfecta. A veces presenta un bisel simple y frecuentemente profundas ranuras longitudinales sobre todo en las caras más estrechas de la pieza (fig. 18). A veces en la punta pueden verse unas pequeñas incisiones horizontales, que son muy típicas. Junto a las azagayas cuadrangulares, aparecen con frecuencia las de sección triangular (figura 19). Son asimismo frecuentes las semicirculares, o mejor aún las semielípticas (figs. 20 y 21). Por supuesto siguen repitiéndose las azagayas de sección circular y elíptica, comunes a todo el Paleolítico Superior. Dichas azagayas suelen presentar un bisel simple en la base. Sin embargo todavía existen algunos tipos que son especial-

²⁵ H. BREUIL: *Les subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur signification* (2.^a edic.), 1937, p. 40 y ss.

mente característicos del período que estudiamos. Se trata de las



azagayas ligeramente arqueadas y cuyo bisel ocupa por lo menos un tercio de la extremidad de la pieza (fig. 22). Es una forma local,

término de la evolución de la azagaya solutrense con bisel en la parte central de la pieza (fig. 23).

Además de las azagayas indicadas y otros muchos tipos de éstas y de punzones (sin bisel, con doble punta, etc.), el Magdaleniense III nos ofrece como características una varillas de perfil semicircular, generalmente ornamentadas (fig. 25). Agujas, espátulas, mangos, bastones de mando, etc., aparecen indistintamente a lo largo de todo el Magdaleniense.

Resulta de lo dicho, que la presencia de las azagayas cuadrangulares y triangulares en gran proporción, el hallazgo de azagayas curvadas de bisel terciado, y varillas semicirculares, es buen indicio de que nos hallamos en Cantabria ante un Magdaleniense III.

Si quisiéramos resumir los caracteres de la industria del Magdaleniense III cantábrico, diríamos que existe en primer lugar, un empobrecimiento de la industria lítica, tanto en relación con el período precedente: Solutrense Superior, como con el siguiente: Magdaleniense Superior (ya que el Magdaleniense IV, viene a ser una continuación del Magdaleniense III). No ocurre lo mismo con la industria ósea, que se desarrolla pujantemente durante nuestro período.

Es preciso, además, señalar la existencia de una serie de tendencias tradicionales locales que dan lugar cada vez más a una autonomía del Magdaleniense III cántabro en relación con los centros franceses, de donde procede. En la industria lítica lo hemos visto en la tendencia a utilizar la cuarcita y a fabricar útiles de tradición musteriense juntamente con una preferencia por la lasca en lugar de la hoja. A estos elementos tradicionales podríamos llamarlos "pre-solutrenses", porque, según hemos dicho, datan de fechas más lejanas que la misma invasión solutrense. Pero, junto a ellos, hay otros de tradición al parecer propiamente solutrense, como es el empleo de la azagaya curvada de bisel.

Todo esto da un marcado carácter al Magdaleniense III de la Costa Cantábrica, que permite compararle y distinguirlo del Magdaleniense III francés. En el Magdaleniense III a, del abrigo Raymondon (Chancelade)²⁶ se recogieron 220 lascas y 482 hojas; es decir, lo contrario de lo que ocurre en los yacimientos de la Costa Can-

²⁶ J. BOUYSSONIE et A. CHEYNIER: *Chancelade, Abri de Raymondon*. Extrait du Bull. de la Soc. Hist. et Arch. du Périgord (1955). Périgaux 1956, pp. 9-10.

tábrica. Los buriles más numerosos eran los centrales (el 80 por 100) sobre todo de dos pendientes, lo mismo que sucede en la Costa Cantábrica, pero en cambio los raspadores fueron mucho menos numerosos y prácticamente todos sobre hoja.

Alguna semejanza mayor presenta el nivel Magdaleniense III b, de dicho abrigo, con nuestro Magdaleniense Cantábrico²⁷. En él aparecen también numerosas lascas dentadas, a semejanza de las del Juyo.

ARTE

En Cantabria los hombres del Magdaleniense III fueron muy aficionados a decorar toda clase de útiles fabricados en hueso o asta. Esta decoración, es más bien de carácter geométrico siendo los principales motivos —además de las ya citadas ranuras longitudinales, cuyos fines al menos en muchos casos no eran puramente artísticos, sino utilitarios (se ha hablado de que podrían servir para contener veneno)— unas rayas horizontales, que a veces se concentran de una manera desordenada hacia la punta de las azagayas (fig. 18) y otras se entremezclan formando ángulos (fig. 24).

Las varillas semicirculares aparecen con una decoración de estilo curvilíneo (fig. 25).

Tampoco faltan las obras de arte figurativo, algunas de ellas de gran sentido estético. A nuestro juicio, habrá que atribuir principalmente su presencia a la tradición solutrense local a pesar de lo extraña que resulte esta afirmación. En efecto, hoy día está demostrado —en contra de lo que se venía creyendo— que los solutrenses fueron grandes artistas. Nadie puede ponerlo ya en duda, después de algunos descubrimientos, como por ejemplo los de las placas del Parpalló²⁸. Por lo que se refiere a la Costa Cantábrica hemos de consignar que el nivel Solutrense Superior de Altamira dio magníficas obras de arte consistentes en grabados de ciervas sobre hueso²⁹

²⁷ *IBIDEM*, pp. 11-12. La estadística de materiales de este nivel Proto-Magdaleniense III b, es engañosa, pues, como anota el mismo Cheyner, la colección estudiada está incompleta y no da una idea exacta de las proporciones numéricas que debieron existir en el yacimiento.

²⁸ L. PERICOT: *La Cueva del Parpalló (Gandía)*. Madrid 1942, pp. 140-183.

²⁹ No puede tomarse en consideración la sospecha apriorista formulada por OBERMAIER (*El hombre fósil*, 1925), de que tales obras de arte procedían del nivel magdaleniense y que por confusión ALCALDE DEL RÍO (*Las pinturas*

(figura 27). Pues bien, en relación con estas obras Solutrenses, en el siguiente nivel Magdaleniense³⁰ vuelven a aparecer otros huesos grabados de semejante estilo (figs. 28 y 29), a nuestro parecer, prueba evidente de que se trata de una herencia solutrense. Es curioso que tales obras de arte figurativo del Magdaleniense III aparecen preferentemente en Altamira y en el Castillo, siendo las de este último yacimiento del mismo estilo que aquéllas, es decir, tales obras se encuentran en los lugares donde había una tradición artística solutrense y faltan casi por completo en otros yacimientos sin tales tradiciones. Así en el Juyo sólo ha aparecido una varilla cuadrangular con el dibujo esquemático de un caballo y un solo grabado rupestre de muy mediocre factura. Más interés tiene el compresor de Bolincoba (fig. 26), con el grabado de un par de cabras, si bien es cierto que aquí se puede señalar la presencia de dos niveles solutrenses muy ricos. No parece, pues, demasiado aventurado afirmar que los magdalenienses, de la primera oleada que penetró en España, no eran demasiado artistas en contra de lo que hasta ahora, se ha venido suponiendo.

Sobre el tema del arte solutrense han insistido repetidas veces Carballo³¹ y Jordá³²; y el mismo Breuil va cada vez admitiendo más la posibilidad de un arte solutrense bien desarrollado³³.

La afirmación de que los primeros magdalenienses cantábricos eran menos artistas que los solutrenses es aún hipotética y convendrá verificarla en el futuro. En lo que queremos insistir es en la diferencia que media entre el Magdaleniense III y el Magdaleniense Superior (V y VI) ya que es cierto que en esta última época las artes adquieren extraordinario desarrollo.

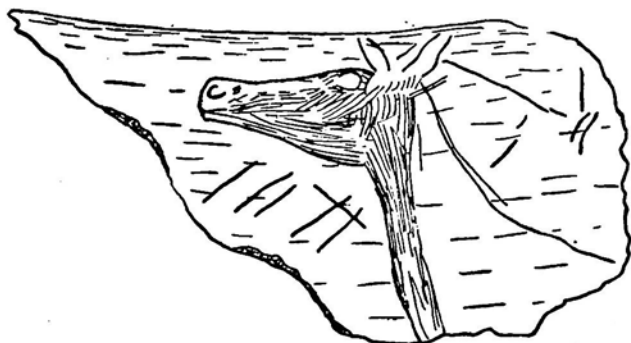
y grabados de las cavernas prehistóricas de la Provincia de Santander, 1906) las había incluido en el Solutrense. Para disipar las posibles dudas, véase detenidamente la citada obra de Alcalde del Río, en donde se da cuenta detallada de la excavación y sus problemas. Más tarde BREUIL y OBERMAIER (*La Cueva de Altamira*, 1935) han reconocido por fin la procedencia solutrense de las piezas en cuestión.

³⁰ H. BREUIL y H. OBERMAIER: *La Cueva de Altamira*. Madrid 1935, p. 181.

³¹ J. CARVALLO: *Caverne de "Las Monedas" du Monte-Castillo (Puente-Viesgo)*. Bull. de la Soc. Prehist. de l'Ariege, T. VIII (1953), p. 72.

³² F. JORDÁ CERDÁ: *Notas sobre técnicas y cronología del Arte rupestre paleolítico de España*. Spelern, T. VI (1955), pp. 197-224.

³³ H. BREUIL: *Quatre cents siècles d'Art Parietal*. Montignac 1952. Véanse especialmente los esquemas de las pp. 405 y ss.



27



28



29

ETNOGRAFÍA

Poco o casi nada sabemos sobre las razas humanas paleolíticas del Norte de España. Del Auriñacense tenemos un cráneo en la cueva del Mazo (Camargo, Santander), considerado como Cro-Magnon ³⁴,

³⁴ L. DE HOYOS SÁINZ: *Antropología prehistórica española*, en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, T. I, vol. I, p. 149.

y unas muelas y fragmentos de cráneo infantil en el Castillo³⁵. Carecemos de restos solutrenses; en cambio los tenemos del Magdaleniense III en la Cueva del Castillo: unos cráneos-copas³⁶, y en la Pasiiega³⁷. Del Magdaleniense Superior poseemos un cráneo hallado en la cueva Izíar, estudiado por Aranzadi³⁸. Existen además hallazgos aislados de dientes en el Magdaleniense de Covalejos y del Mazo-Morín³⁹.

Desgraciadamente los restos del Magdaleniense III no han sido aún debidamente estudiados y los datos que poseemos de los yacimientos franceses no son tampoco lo suficientemente expresivos para darnos una idea algo concreta de quiénes eran las gentes de los comienzos del Magdaleniense y sus diferencias con los solutrenses.

Por otra parte ignoramos si la penetración de los magdalenien- ses en la Costa Cantábrica supone una verdadera invasión racial, o simplemente una expansión cultural.

No nos es, pues, lícito especular demasiado en torno a estos problemas, ya que carecemos de datos fundamentales.

Cuál era la mentalidad de estas gentes y cómo tenían estructurada la sociedad son puntos básicos, que ignoramos en gran parte.

Del estudio de los yacimientos cantábricos, parece deducirse que se trataba de pequeños clanes autónomos, cuya vida se desarrollaba de una forma sedentaria en torno a una cueva o abrigo natural. Decimos esto, incluso a sabiendas de incurrir en una especie de herejía científica al negar el famoso nomadismo paleolítico⁴⁰. Una prueba, entre otras, que confirma nuestro aserto es el hecho de que la industria y el arte de cada yacimiento presentan unas características propias, que los distinguen de los otros yacimientos, aunque sean perfectamente contemporáneos unos y otros. Más aún, creemos que incluso puede hablarse de *tradiciones locales* en cada cueva, con orígenes muy remotos. Esto es evidente, no sólo por lo que se refiere a la industria o el arte mueble, sino también al arte rupestre. En

³⁵ SANTIAGO ALCOBÉ: *Guía para el estudio antropológico de las poblaciones prehistóricas de España*. Madrid 1954, pp. 9-10.

³⁶ IBIDEM.

³⁷ J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y E. RIPOLL: *Hallazgos en la Cueva de la Pasiiega (Puente-Viesgo, Santander)*. Ampurias XV-XVI (1953), p. 55.

³⁸ L. DE HOYOS SÁINZ: *Ob. cit.*, p. 50.

³⁹ H. OBERMAIER: *El hombre fósil*. Madrid 1925, p. 324.

⁴⁰ La idea del nomadismo paleolítico fue ya combatida por J. CARBALLO (*Prehistoria Universal y especial de España*, Madrid 1924, p. 122) por razones distintas de las aquí expuestas.

Altamira o en el Castillo, donde existen pinturas y grabados de todas las épocas, hay también verdaderas escuelas y tradiciones locales de cueva, hasta el punto de que las obras de arte de Altamira tienen todas un sello común, aun siendo de diversas épocas, distinguiéndose por otra parte perfectamente de las pinturas del Castillo o de la Pasiega, por ejemplo.

A nuestro juicio, pues, es inaceptable el nomadismo paleolítico, al menos por lo que se refiere a las gentes que habitaron las regiones ricas en caza y pesca de Cantabria, el Pirineo francés y la Dordoña. Aparte de que no existen en estos casos razones económicas para explicar la vida nómada, tenemos el hecho anteriormente señalado: Si los habitantes de Altamira, por ejemplo, son los mismos de la Dordoña y hoy están en aquella cueva y mañana —o dentro de unos meses o años— prosiguen su emigración y se van a una cueva de Asturias, es evidente que tendríamos que ver pinturas del estilo de Altamira diseminadas por otras muchas cuevas. El gran techo de Altamira tardó largo tiempo en pintarse, y el mismo Breuil reconoce que allí existen obras de diversas épocas⁴¹. Ahora bien, todas ellas son de un estilo semejante, aun sometidas a las modas y técnicas que imperan a medida que va transcurriendo el tiempo⁴². Preguntamos pues: ¿Por qué los bisontes de Font-de-Gaume, aun siendo algunos de ellos contemporáneos a los de Altamira y del mismo estilo, son de otra "escuela"? Para nosotros todo esto no tiene más explicación que la existencia de tradiciones locales, lo que supone la vida sedentaria de los cazadores paleolíticos, al menos en toda la región franco-cantábrica.

El Magdaleniense III, que llega a la Costa Cantábrica con nuevas modas y técnicas —acaso son nuevas gentes—, se superpone a la sedentaria y tradicional población indígena (solutrense), se entremezcla con ella y la transforma, pero no modifica en líneas generales su régimen de vida. Naturalmente este tradicionalismo local no es absoluto; así, por ejemplo, existen cuevas que sólo fueron habitadas

⁴¹ H. BREUIL y H. OBERMAIER: *La Cueva de Altamira*. Madrid 1935, p. 21 y ss.

⁴² En el techo de la Sala de Pinturas de Altamira existen obras que, según Breuil, van desde el Auriñacense hasta el Magdaleniense VI. Pero aún dentro de una misma fase, el Magdaleniense VI, por ejemplo, al que pertenecería en la hipótesis de Breuil la mayor parte de los conocidos bisontes, todos los dibujos no se hicieron a la vez; suponen entre sí una ingente distancia de años, acaso de milenios.

en determinadas épocas. Pero lo que aquí afirmamos es que existen localidades, donde al parecer, la vida ha seguido ininterrumpidamente durante miles y miles de años. Con los siguientes ejemplos podrán obviarse muchas dificultades: El yacimiento del Castillo presentaba un nivel de arcillas casi estéril entre el Solutrense Inferior — más bien hoy le llamaríamos Solutrense Medio, después de los estudios de Jordá ⁴³— y el Magdaleniense III, prueba aparente de que la cueva había sido abandonada durante esa época. Las excavaciones de J. Carballo en 1950 en el interior del vestíbulo pusieron a la vista un Solutrense Superior, continuación del hallado en el gran yacimiento del exterior y que enlaza directamente con el Magdaleniense III ⁴⁴. Queremos decir con esto que la presencia en el yacimiento de un nivel estéril no es de por sí sola indicio de que la cueva haya sido definitivamente abandonada por sus moradores. Han podido cambiar de habitación, situarse en otro lugar más adentro o más afuera de la boca. Un hecho típico en este sentido sería el caso de Altamira, por lo que se refiere al Magdaleniense Superior, al que atribuye Breuil la mayor parte del famoso techo pintado. Téngase en cuenta que de esta época no hay resto alguno en el yacimiento y que en la hipótesis de Breuil los magdalenienses de entonces vivían en el exterior, entrando solo en la cueva para realizar en ella sus cultos de carácter mágico ⁴⁵.

Las gentes del Magdaleniense III vivían preferentemente de la caza del ciervo, entonces extraordinariamente abundante en el Norte de España. En todos los yacimientos de esta época el ciervo es la especie mejor representada, siguiéndole en importancia los cápridos, el caballo, los bovidos y otras especies menos frecuentes como los corzos, rebecos, etc. Hasta tal punto los magdalenienses de esta época dependían en su economía de la caza del ciervo, que no sólo para el alimento, sino hasta para la industria les era imprescindible. Los solutrenses emplearon puntas de flecha de piedra, pero los magdalenienses las hacían únicamente de asta y a veces de hueso. El asta de ciervo era para ellos una materia prima tan importante o más que la misma piedra.

En cuanto a la alimentación sabemos, además, que las gentes

⁴³ F. JORDÁ CERDÁ: *El Solutrense en España y sus problemas*. Oviedo 1955, pp. 124-126.

⁴⁴ J(OAQUÍN) G(ONZÁLEZ) E(CHEGARAY): *Más hallazgos en la Cueva del Castillo*. Altamira. 1951, N.º 1, pp. 160-163.

⁴⁵ H. BREUIL y H. OBERMAIER: *Ob. cit.*, p. 203.

del Magdaleniense III eran grandes comedores de marisco, cuyos residuos abandonaban en cantidades inmensas entre los restos de carbón y los huesos de los animales sacrificados. De tal manera, que quizás es preciso llegar hasta el Asturiense para volver a encontrar en la Costa Cantábrica un régimen económico mariscador tan desarrollado. Las especies más consumidas fueron la lapa (*Patella vulgata*) y el caracol (*Litorina Litorea*). Las conchas recogidas en el Juyo pueden contarse por miles, igual que en Altamira y en el Cueto de la Mina, es decir, especialmente en aquellas cuevas cercanas al mar.

Respecto al género de vida, mentalidad y creencias de los hombres del Magdaleniense III habría que repetir aquí todo lo que en obras de tipo general se dice en torno a los magdalenienses y a las gentes del Paleolítico Superior en general, cosa que ahora no pretendemos hacer. Tampoco trataremos del arte rupestre, que se ha venido atribuyendo con más o menos fortuna a este período. Es un problema difícil, que nos llevaría muy lejos de los propósitos concretos de este artículo.

C R O N O L O G Í A

El Magdaleniense III aparece claramente intercalado entre el Solutrense final y el Magdaleniense Superior, si bien a veces entre éste y el Magdaleniense III típico se sitúa un Magdaleniense Medio (IV) más o menos típico.

Nuestro intento es determinar con la mayor precisión posible el período geológico en que se desarrolla esta cultura, es decir, tratamos de averiguar la cronología relativa de nuestro período en cuestión. El problema no es tan fácil como parece, porque las fases glaciares no están lo suficientemente claras por lo que a la Costa Cantábrica se refiere.

La división de la glaciación Würmiense en tres estadios no puede aplicarse con facilidad a Cantabria. En primer lugar, porque en los yacimientos donde debía notarse su presencia no hay rastro alguno del Würm I, que en Europa se deja sentir en pleno Musteriense, lo que, juntamente con otros indicios, permite sospechar que tal estadio frío apenas dejó sentirse en estas latitudes⁴⁶. Durante el largo inter-

⁴⁶ J. GONZÁLEZ ECHEGARAY: *La Cueva de la Mora, un yacimiento paleolítico en la región de los Picos de Europa*. Altamira 1957, Núms. 1, 2 y 3, pp. 3-26.

estadio Würm I-Würm II el clima siguió con las mismas características que durante el interglacial Riss-Würm. En una comunicación presentada por nosotros al V Congreso Internacional del Cuaternario en 1957 (*Las Glaciaciones de los Picos de Europa y sus relaciones con las yacimientos de la Costa Cantábrica*) hemos tratado de demostrar que apenas existe el interestadio Würm II-III. El clima frío en Cantabria comienza a dejarse sentir durante el Auriñacense Superior o Gravetiense, llegando al momento álgido en la última fase de este período. A partir de tal momento el clima prosigue sin grandes alterancias hasta la época Aziliense, es decir, no existe una diferenciación clara entre el estadio Würm II, el interestadio Würm II-III y finalmente el estadio Würm III. No obstante Jordá supone, a nuestro juicio fundadamente, que el Magdaleniense IV coincide con una baja en la temperatura⁴⁷. La razón que aduce es importante, puesto que el *Pecten islandicus*, la especie de clima más frío conocida en Cantabria, fue hallada solamente en el Magdaleniense Medio del Cueto de la Mina. A esto podríamos nosotros añadir, por lo que a la flora se refiere, que en el Juyo se halló el *Corylus colurna*, un ave llano de clima frío, en un nivel que acaso pueda considerarse también Magdaleniense IV, ya que se trata de los niveles fértiles, que sólo en la Trinchera II se superponían al conjunto clásico del Magdaleniense III. De esto resultaría que el Magdaleniense III vendría a coincidir con el interestadio Würm II-III, correspondiendo el Würm II al fin del Gravetiense y al Solutrense, y el Würm III al Magdaleniense IV⁴⁸.

No obstante convendrá recordar que dicho interestadio debió de

47 F. JORDÁ CERDÁ: *Avance al estudio de la Cueva de la Lloseta (Ardines, Asturias)*. Oviedo 1952, pp. 74-75 y 87.

48 Creemos que no puede admitirse que el rigor climático, durante el cual se desarrolla el Solutrense, deba ser identificado con el Würm III, como hace JORDÁ (*La Lloseta*, 1958, p. 65), pues entonces no habría lugar para colocar el Würm II y el interestadio. Por otra parte quedaría sin explicación el hecho que él mismo señala de un recrudescimiento climático durante el Magdaleniense IV. La razón, que le mueve a decidirse en favor de su opinión, parece ser que debe buscarse en la cronología excesivamente alta que propone Zeuner y que en el caso de identificación Würm II = Solutrense daría unas cifras demasiado elevadas (JORDÁ: *El Solutrense*. 1955, p. 80). Después de los datos cronológicos, que aportamos nosotros más adelante en este mismo estudio, fundados en las análisis del carbono 14, y que invalidan la cronología de Zeuner para el Paleolítico Superior, creemos que el mismo Jordá no tendrá inconveniente en admitir nuestros puntos de vista.

tener muy escasa importancia, ya que otras especies frías continuaron viviendo durante el Magdaleniense III. Así vemos la *Ciprina Islandica* en el Cueto de la Mina ⁴⁹ y el reno en el Castillo ⁵⁰.

De todos modos el clima nunca fue extremadamente riguroso en la Costa Cantábrica, debido a la corriente del Golfo y a estar suficientemente alejada de los principales focos de glaciación. La temperatura media debió ser por término medio de 7 grados centígrados ⁵¹ y el reno siempre fue una especie rara, siendo habitual en los bosques el *Cervus elaphus*. Precisamente por este clima relativamente templado, las oscilaciones de la glaciación Würmiense, generalmente bien documentadas en Europa Central, apenas se percibieron en Cantabria.

Según esto, la cronología absoluta de nuestro Magdaleniense III sería unos 50.000 años a. C., a juzgar por los cálculos de Zeuner ⁵². No obstante semejantes cifras siempre se han tomado como muy elevadas ⁵³. Hoy día podemos ya estar seguros de que en efecto lo son, gracias a los análisis de Radiocarbono efectuados en Europa, y, por lo que se refiere al Magdaleniense III de la Costa Cantábrica, a los análisis realizados con materiales procedentes de dos niveles del Magdaleniense III cantábrico, que han sido los primeros análisis de esta índole llevados a cabo con materiales españoles.

En 1957 el Prof. Griffin, Director del Museo de Antropología de la Universidad de Michigan (EE. UU.) en su visita a Santander nos expuso el deseo de recoger algunas muestras de yacimientos paleolíticos de la provincia de Santander, con el fin de someterlas al análisis del C 14. Entonces nosotros, que nos hallábamos especialmente interesados en el estudio del Magdaleniense III, propusimos dos yacimientos: La Cueva del Juyo y Altamira. En aquél recogimos muestras de carbón, procedentes del nivel VI, el más típico del yacimiento, y de Altamira recogimos muestras de carbón y de conchas

⁴⁹ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA: *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Madrid 1916, p. 48.

⁵⁰ H. OBERMAIER: *El hombre fósil*. Madrid 1925, p. 176.

⁵¹ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA: *El Paleolítico de Cueva Morín (Santander) y notas para la climatología cuaternaria*. Madrid 1921, pp. 135-149.

⁵² F. E. ZEUNER: *Geocronología*. Traduc. españ. de Gómez-Tabanera. Barcelona 1956, pp. 312-313.

⁵³ L. PERICOT: *Sobre la Cronología absoluta del Paleolítico*. Ampurias V (1943), pp. 300-301; *Una rectificación a la larga cronología del Magdaleniense*. Ampurias XI (1949), pp. 178-179.

de moluscos. Después de regresar el Prof. Griffin a los EE. UU. recibió nuestro envío y en junio del presente año de 1959 pudimos ya tener en nuestras manos el resultado del análisis. Es deber nuestro testimoniar nuestro agradecimiento al *Memorial-Phoenix Project Radiocarbon Laboratory* de la Universidad de Michigan, que dirige el Prof. H. R. Crane.

El carbón del nivel VI del Juyo nos ha dado la siguiente fecha: 15.300 ± 700 años y el carbón de Altamira 15.500 ± 700 años. Como puede verse, los datos coinciden perfectamente, confirmándonos la contemporaneidad de ambos yacimientos, lo que ya sabíamos "a priori", y fechándonos con seguridad la edad del Magdaleniense III de la Costa Cantábrica. Únicamente los datos que nos ha suministrado el análisis de las conchas de Altamira difiere ligeramente de las dataciones anteriores, cosa nada de extrañar, ya que las dataciones de conchas nunca ofrecen la seguridad del carbón de madera, siendo curioso que en el presente caso la fecha proporcionada por las conchas es ligeramente más baja, a pesar de que frecuentemente ocurre lo contrario, a saber, que el material de conchas arroja dataciones más elevadas de lo normal. Concretamente el análisis de conchas nos ha dado la fecha 13.900 ± 700 años⁵⁴.

Por otra parte nuestras dataciones están fundamentalmente de acuerdo con las dataciones del polen y de C 14 verificadas en Europa, demostrando una cierta contemporaneidad con el Hamburgiense del Norte de Europa, según ya pensaba Rust.

DESARROLLO

Tratamos ahora de intentar abordar el tema del origen, evolución, duración y fin de la cultura que estudiamos, es decir, del Magdaleniense III de la Costa Cantábrica.

Ante todo convendrá recordar algo que ya conocerá el lector, a saber, que en Cantabria faltan las primeras fases (I y II) del Mag-

⁵⁴ Otra cuestión distinta y ajena a lo aquí tratado es la datación de las famosas pinturas del techo de Altamira. Según la teoría de Breuil, la mayoría pertenecen al Magdaleniense Superior. Si el Magdaleniense Inferior es fechable en 15.000 años, el Magdaleniense Superior deberá datarse alrededor de los doce a trece mil años, lo que coincide con la fecha que J. Carballo había venido sosteniendo tenazmente para las famosas obras de arte, datación que incluso había hecho escribir hace ya años en una placa en la sala de pinturas.

daleniense. Es suficiente una mirada a los yacimientos reseñados para advertir cómo el Magdaleniense III suele superponerse directamente al Solutrense Superior muy evolucionado. Es, pues, un hecho evidente que el Magdaleniense es una cultura que llega al Norte de España en pleno apogeo, y que aquí se encuentra con las últimas fases del Solutrense local, en cierto modo en decadencia, concretamente con el llamado por Jordá (Solutrense IV Cantábrico) ⁵⁵.

Aún no estamos seguros si Francia es el lugar de origen de la cultura Magdaleniense, pero al menos allí se desarrolla en un principio el llamado Premagdaleniense y más tarde, la primera fase, Magdaleniense I, especialmente en las ricas regiones de la Charante y la Dordogne. De aquí pasa una avanzada de magdalenienses nada menos que hasta Valencia (Parpalló) ⁵⁶.

El Magdaleniense II llega a extenderse por el Sur hasta los Pirineos, a excepción de la lejana colonia de Valencia, y por el NE. hasta el Norte de los Cárpatos, habiéndose hallado yacimientos en Cracovia.

El Magdaleniense llega a su apogeo y máxima extensión durante la fase llamada Magdaleniense III. Además de toda Francia, el dominio de esta cultura se extiende a través de Alemania, Moravia y Polonia. Es la época en que empiezan a producirse creaciones nuevas y especializaciones regionales, como el Hamburgiense del Norte de Alemania y de Holanda, y el Cresvillense de Inglaterra.

En esta época los Magdalenienses penetran por primera vez por los pasos occidentales del Pirineo y se extienden a lo largo de la Costa Cantábrica, encontrándose y dominando a la vieja cultura solutrense local.

A partir de este momento, el Magdaleniense Cantábrico comienza a desarrollarse con pujanza a la vez que con autonomía.

Lleva asimilados ciertos elementos solutrenses. Nosotros mismos hemos encontrado alguna hoja con el típico retoque solutrense en la Cueva del Juyo, donde todo el yacimiento es Magdaleniense III y no hay solutrense. Y hablamos a su tiempo de otras perduraciones solutrenses, especialmente en los primeros momentos del Magdaleniense Cantábrico, tales como la azagaya arqueada de bisel terciado.

Lo que aún no nos ha sido posible, es establecer subdivisiones en este Magdaleniense III. La Cueva del Juyo, con su 3,60 m. de

⁵⁵ F. JORDÁ: *El Solutrense en España y sus problemas*. Oviedo 1955, p. 180.

⁵⁶ L. PERICOT: *La Cueva del Parpalló (Valencia)*. Madrid 1942, pp. 299-308.

yacimiento y sus once niveles, parece lógico que nos hubiera dado una secuencia industrial. Sin embargo, hasta ahora no podemos afirmarlo, puesto que todos los niveles presentan idénticas características. Acaso en el futuro, cuando continúen los trabajos y podamos manejar mayor número de datos, nos sea posible establecer la dinámica interna del desarrollo del Magdaleniense III de la Costa Cantábrica. Ahora solamente podemos hablar de su gran duración, a juzgar por la potencia de éste y de otros yacimientos.

Breuil niega que el Magdaleniense IV, nacido en el Pirineo francés y que extiende sus dominios desde Valencia hasta Suiza, haya penetrado en la Costa Cantábrica⁵⁷. Frente a esta postura negativa, Jordá mantiene la suya afirmativa⁵⁸, que, a nuestro juicio, no puede menos de aceptarse. En efecto: los niveles intermedios entre el Magdaleniense Inferior y Superior del Cueto de la Mina y La Paloma —Conteniéndolo el primero las famosas puntas ahorquilladas, que son características del Magdaleniense IV francés—, el Magdaleniense de Balmori, o al menos parte de él, y el estrato inferior del Magdaleniense de la Riera, nos hablan elocuentemente de la presencia de un Magdaleniense Medio, que habrá de asimilarse al francés, a juzgar por algunas características, si bien la mayoría de sus materiales “parecen una derivación de los del Magdaleniense Antiguo Cantábrico y no tendría nada de particular que fuese esta fase una evolución regional autónoma de las formas amagdalenienses propias del Magdaleniense Antiguo Cantábrico”⁵⁹. De esta época serían las placas grabadas de la Cueva de La Paloma⁶⁰, lo que también es un dato más en favor de la tesis de Jordá, ya que los hombres del Magdaleniense IV francés pasan por ser grandes artistas.

En todo caso habrá que convenir en que en general el Magdaleniense IV de Cantabria es pobre y escaso, en comparación con la pujanza y la fuerza expansiva del Magdaleniense III. Realmente el Magdaleniense IV no es más que el resto de aquella cultura, parcialmente vitalizado por algunas infiltraciones culturales procedentes del Pirineo. A este mismo período debería acaso atribuirse el Nivel “E” de Lumentxa, alguno de los estratos de Berroberría y

57 H. BREUIL et R. LANTIER: *Les Hommes de la Pierre Ancienne (Paléolithique et Mésolithique)*. París 1951, p. 177.

58 F. JORDÁ CERDÁ: *Avance al Estudio de la Cueva de Lloseta (Ardines, Asturias)*. Oviedo 1958, pp. 84-87.

59 IBIDEM, p. 86.

60 E. HERNÁNDEZ PACHECO: *Ob. cit.*, pp. 28-32.

los niveles superiores de Bolincoba("B") y de La Lloseta, según Jordá⁶¹. Acaso también los niveles superiores (I y II) de la Trinchera II de la Cueva del Juyo.

Después vendrá la avalancha del Magdaleniense Superior con sus dos fases (V y VI). no muy distinguibles en Cantabria, para al fin crear aquí "in situ" la cultura Aziliense, que más tarde pasará a Francia.

A la vista de estas nuevas perspectivas resulta ya insostenible la clasificación magdaleniense que Obermaier propuso para la Costa Cantábrica. Distinguía seis fases, cuyos tipos característicos serían:

- a) "Punzones ligeramente arqueados y aplanados en su último tercio".
- b) "Punzones angulosos de sección triangular o cuadrangular".
- c) "Punzones grandes de sección circular".
- d) "Arpones de una hilera de dientes, en parte de tipo corriente, con protuberancia basal y en parte del tipo cantábrico con orificio lateral".
- e) "Arpones de dos hileras de dientes".
- f) "Sin arpones. Los huesos trabajados degeneran rápidamente. Aparición frecuente de pequeños raspadores azilienses que anuncian la llegada del Epipaleolítico (Azilense)".

En primer lugar, no está suficientemente demostrado que precedan las azagayas arqueadas a las cuadrangulares, ya que siempre aparecen juntas. En segundo lugar, la azagaya grande de sección circular no puede ser tipo-base para clasificar ningún período, porque se halla en todos. En todo caso la fase "c", sería más bien caracterizada por las azagayas de base ahorquillada. La distinción entre las fases "d" y "e" no es clara, porque es frecuente que en la última, equivalente al Magdaleniense VI de Breuil, haya únicamente arpones de una sola hilera de dientes, más aún, el tipo de arpón aziliense con orificio en la base, derivado del arpón magdaleniense cántabro, posee generalmente en Cantabria una sola hilera de dientes, prueba de que en los últimos momentos magdalenienses el tipo corriente era el de una sola hilera y no el de dos. Finalmente es arbitraria la existencia de una fase magdaleniense "f" sin arpones, ya que el Aziliense es una derivación del Magdaleniense Cantábrico y, según hemos dicho, los arpones aplanados de aquél se originan por lenta evolución de los cilíndricos magdalenienses. Este nivel de transición al Aciliense con abundantes arpones "semiaplanados" ha sido comprobado con todas las garantías en la Cueva del Pendo, por Car-

⁶¹ F. JORDÁ CERDÁ: *Ob. cit.*, pp. 30-36 y 86-87.

ballo⁶². Nada queda ya en pie de la vieja clasificación de Obermaier. A nuestro juicio, es necesario seguir con la secuencia y la terminología francesa, al menos fundamentalmente, y con eso se evitarán confusiones y se facilitara más el conocimiento de nuestros materiales a los estudios de cualquier país.

Así pues, la evolución del Magdaleniense Cantábrico ha de llevar los nombres franceses de: III, IV, V y VI. Cuando sea preciso especificar subdivisiones deberá seguirse también el estilo francés: III a, III b, etc. Desgraciadamente hasta ahora no estamos en condiciones de verificar estas subfases para nuestro Magdaleniense Cantábrico. Mas aún, la diferencia entre el Magdaleniense V y el VI no es en general lo suficientemente clara. A lo sumo podría hablarse de una fase de transición entre el Magdaleniense y el Aziliense, representada por uno de los niveles del Pendo. En ese caso debería llamarse VI b, al menos de una forma provisional.

Concluyendo este trabajo, habrá que resumir lo hasta ahora expuesto en algunos puntos principales: La afirmación de que el Magdaleniense III de Cantabria es una cultura de gran extensión y potencia extraordinaria, que sustituye a los restos del Solutrense Cantábrico en una fecha aproximada no más reciente que el 13.000 a. de C., es decir, hace 15.000 años. La cultura evoluciona con autonomía y crea o conserva formas propias, lo que permite distinguirla claramente del Magdaleniense III francés o valenciano. Parece que después de una larga duración, la cultura comienza a empobrecerse y a perder importancia a pesar de nuevos elementos típicos del Magdaleniense IV francés, que penetra por los pasos occidentales del Pirineo. Es posible que, en general, tanto el Solutrense decadente, que precede a nuestro Magdaleniense III, como el Magdaleniense IV, que le sucede hayan sido culturas con mejor sentido artístico. Si bien ésto no pasa de una hipótesis que convendrá comprobar en el futuro.

⁶² J. CARBALLO y B. LARÍN: *Exploraciones en la Gruta de "El Pendo"* (Santander). Madrid 1933, pp. 53-58; J. CARBALLO y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Algunos objetos inéditos de la Cueva de "El Pendo"*. Ampurias XIV (1952), p. 40.